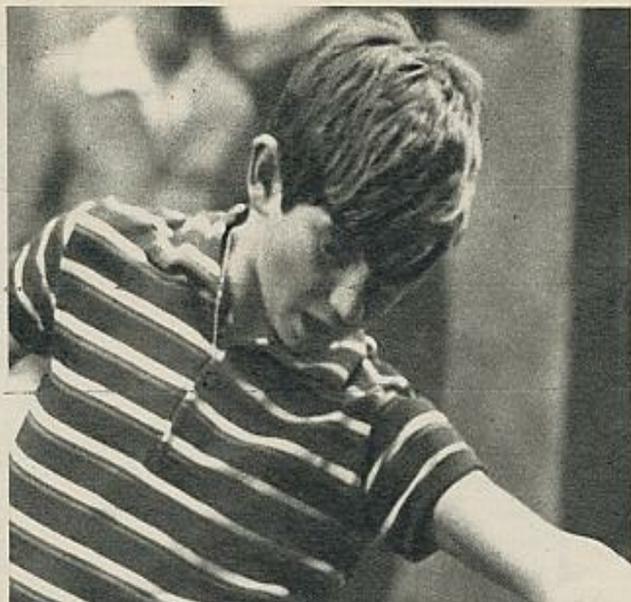


# JUGANDO AL TORO



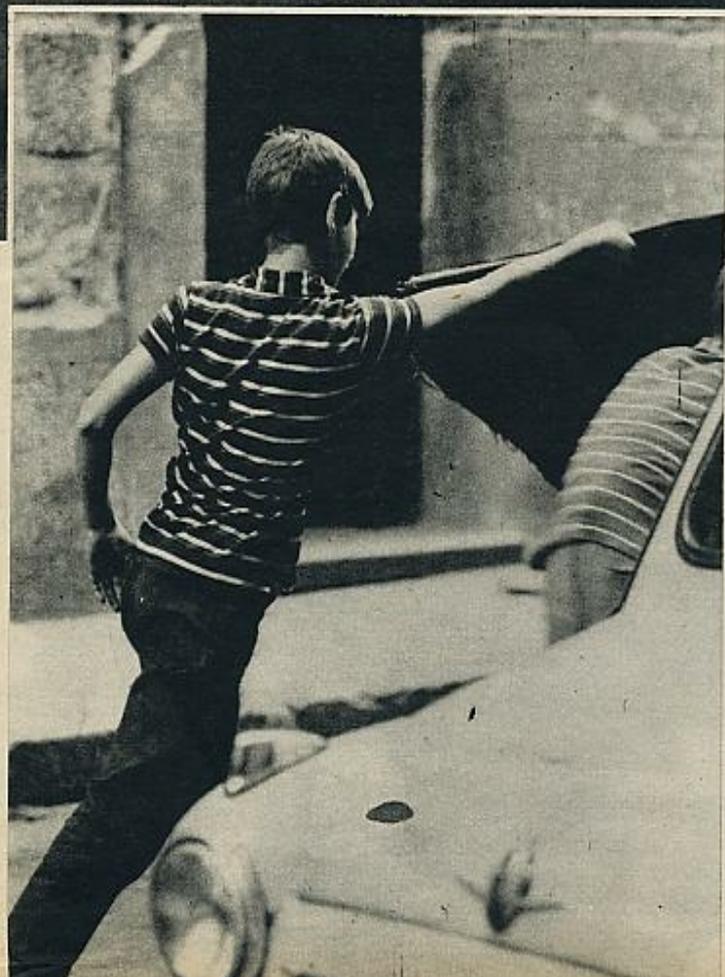
**U**NO de los espectáculos más corrientes en todas las ciudades del mundo es el de los juegos infantiles en la calle. Cuando llega el buen tiempo y la primavera comienza a barrer el frío acumulado durante meses y los días se alargan prometedores, los chiquillos se lanzan a la calle ansiosos de recuperar el tiempo perdido, de sacudirse el largo encierro que significa el invierno.

Es un momento de explosión vital que se percibe en la sangre, saliendo de dentro a fuera, haciéndose tangible en el paso y la mirada de los peatones. Es como una especie de abrazo con el aire, con la minúscula parcela de naturaleza encerrada en el asfalto. Y los niños, naturalmente, sienten este estímulo vital mucho más poderosamente, lanzándose a la calle, invadiéndola, llenándola con sus risas y sus juegos con una irresistible alegría, con un impetuoso deseo de vivir, de renacer ante el tiempo favorable. Sobre todo, en los barrios populares, donde aún permanece el concepto «barrio» y existe una mayor vida comunitaria, quizá un tanto localista. Es éste un fenómeno sociológico que sería digno de estudiarse: en todas las grandes ciudades del mundo, en los barrios populares y modestos, a diferencia de los elegantes y residenciales, existe una solidaridad vecinal muy acusada y los niños, a su vez, juegan en pandilla inundando la calle con un absoluto y feliz ímpetu vital, quizá para compensar otras deficiencias. **SIGUE**



Con un capote y unos cuernos «de verdad», los chiquillos improvisan la corrida en plena calle. El gesto del «torero» se explica por sí solo, absorto en la faena.

## JUGANDO AL TORO



Un derechazo, un molinete y un pase de pecho, quizá no muy ortodoxos pero llenos de sinceridad. El primero torea de salón. ¿Llegará a ser torero?

El verano, por su parte, ya es el tiempo perfecto para el juego total, con la libertad de las vacaciones escolares, aprovechando, quizá inconscientemente, esta plenitud, que es el prólogo del otoño. Sin saber por qué, la intensa felicidad del verano les resulta siempre corta a todos los niños. Y por ello juegan y juegan, y siguen jugando en todo momento, aprovechando el instante, incluso cuando los adultos están al recaudo de la sombra.

Esta vez, el juego al que se entregan apasionadamente estos chiquillos resulta ya un poco insólito entre nosotros: «jugar al toro» era corriente cuando nuestros padres y, sobre todo, nuestros abuelos eran niños. Pero a partir de cierto tiempo, el balón, las chapas o la inmortal «dola» destronaron totalmente al viejo «toro», hasta casi hacerlo desaparecer. Y, sin embargo, está ahí de nuevo, casi resucitado, diríamos, por obra y gracia de esos chiquillos madrileños que torear apasionadamente, con una muleta y unos cuernos «de verdad», dando pase tras pase en un ruedo imaginario, entre balas de papel, neumáticos y algún que otro automóvil al que también hay que sortear. El juego continuará hasta que el «toro» se canse y reclame el cambio de papeles, para dar a su vez unos pases quizá no muy ortodoxos, pero sí tan seriamente dados como cualquier profesional.

¿Saldrá de entre ellos algún torero en el futuro? Es probable que no, pero eso no importa. La diversión es completa, lo que pretenden bajo el cálido sol del verano.

Reportaje ANTONIO ALCOBA

